

Unamuno y Julio Vives Guerra

El rector de la universidad de Salamanca, al cumplir sus cuarenta y seis años, le envió una colaboración a Julio Vives Guerra, director de la revista *Alpha*, publicada en Medellín, a principios de siglo. El poema iba acompañado de una carta (28 de septiembre de 1910), donde le confiesa su «debilidad por las cosas antioqueñas» y le acusa recibo de otros números de la misma revista que acostumbraba a «leerla».

Reproducimos la misiva:

Su cuento «Como la serpiente» que acabo de leer en *Alpha* (revista que recibo normalmente) tiene, señor un defecto capital y es de no estar escrito en verso. Su contenido, su ambiente y su tono piden la poesía y no la prosa, por muy poética que ésta sea. Aunque está muy ceñido, el verso le hubiera a Ud. obligado a ceñirlo más aún. Intente Ud. hacer con él un poemita, pues lo merece. Sólo hay una cosa que no acaba de gustarme, y es aquello de «circundados de orejas de hastío».

Como le digo, recibo con normalidad *Alpha* y suelo leerla. Es ya antigua mi debilidad por las cosas antioqueñas.

Y ya que tengo la pluma en la mano quiero enviarle algo para esa Revista. Ahora me ha dado por los sonetos, los hago casi todos los días. Ahí va, para que lo publiquen si les gusta, el de hoy. Mañana, 29 de septiembre, cumplo mis cuarenta y seis años.

Al llegar a mis cuarenta y seis años

El 29 de Septiembre de 1910

Ahora que ya por fin gané la cumbre,
a mis ojos la niebla cubre el valle
y no distingo a dónde va la calle
de mi descenso. Con la pesadumbre

de los agüeros vuelvo hacia la lumbre
que mengua la mirada. Que se acalle
te pido esta mi ansió y que tu dalle
siegue al cabo, Señor, toda mi herrumbre.

Cuando puesto ya el sol contra mi frente
me amaguen de la noche las tinieblas,
Tú Señor de mis años, que clemente

mis esperanzas con recuerdos pueblas,
 confórtame al bajar de la pendiente;
 de las nieblas salí, vuelvo a las nieblas.

*Miguel de Unamuno*¹¹

Unamuno y Santiago Pérez Triana

Pérez Triana fue un personaje importante de la vida política y cultural colombiana. Su padre, Santiago, encabezó el olimpo radical y fue presidente del país en una ocasión. Fue un periodista notable que dirigió *El Relator*. Durante el régimen dictatorial de Núñez y de Miguel Antonio Caro, fue desterrado por la oposición a la política de la regeneración a una edad muy avanzada; clausurado su periódico y obligado al exilio, muere en tierra extraña. Su hijo también fue desterrado y le tocó viajar por tierras inhóspitas para poder salir del país, luego de estar encarcelado en Honda; y de este viaje publica un libro, *De Bogotá al Atlántico*, por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco.

Pérez Triana se casó con la hija de un magnate y vivió en varios países dedicándose a los negocios y a la literatura. En compañía de su esposa actuó en una compañía teatral y escribió cuentos infantiles para niños (*Cuentos a Sonny*); representó al país en varias conferencias internacionales en Estados Unidos y en la Haya y tuvo amistad con distinguidos escritores de la época. Durante su permanencia en Londres dirigió la revista *Hispania* durante cuatro años y su casa sirvió de tertulia a personalidades y escritores de entonces, entre ellos Unamuno, gracias a su trato personal y a sus condiciones económicas. El profesor salmantino declara:

Conozco y trato mucho al colombiano Sr. Pérez Triana, honrándome con su amistad, y vaya esto por delante. Y lo digo porque al leer los diferentes relatos que componen la primera serie de sus *Reminiscencias Tudescas*, encuentra el lector en quien se los relata a un amigo bondadoso y sencillo, algo socarrón a ratos y de una ironía bonachona y franca.

Unamuno buscaba siempre la huella española en las literaturas de ultramar, y a pesar de no gustar mucho de los conocidos americanismos, los prefería en lugar de tantos galicismos de la época por eso gritaba: «Me

¹¹ Revista Alpha: Medellín, V. Nos. 59 y 60 (Noviembre y Diciembre, 1910). Damos la versión definitiva según la Antología poética (edición de José María de Cossío), Espasa-Calpe, Madrid, 1946.

parece que los intelectuales americanos necesitan americanizarse». Admiraba al colombiano y elogiaba sus diferentes libros leídos con gusto por el vasco:

Es el Sr. Pérez Triana un colombiano de la más pura cepa española, hijo de uno que ocupó en su patria los más altos cargos; educando en Alemania e Inglaterra, países que conoce admirablemente, y muy juicioso y discreto amante de España, porque una de las cosas que más debemos pedir los españoles de los extranjeros que quieren a nuestra patria es que la quieran con juicio y discreción.

He dicho que me honro con la amistad de Pérez Triana y debo añadir ahora que uno de los mayores encantos que en cada viaje que hago a Madrid encuentro es el de conversar con este mi amigo y gozar de lo aplicable y gratisimo de su conversación. Me paso las horas muertas oyéndole contar, con su reposado decir, al que sazona aquel dulce dejo americano, cosas de su vida y de sus correrías, y de las cosas y los hombres que ha conocido en éstas.

Y al comentar la lectura de sus *Reminiscencias Tudescas* y de admirar «aquel dulce dejo americano» de su acento, no pierde ocasión para identificarle con los autores peninsulares:

Está escrito en el castellano más puro, más castizo y parte por ser su autor colombiano, y ser Colombia una de las repúblicas hispanoamericanas en que se conserva más pura nuestra casta y en que con mayor pureza y corrección se habla y escribe la lengua española. Es ello debido a que las condiciones del suelo y la situación de aquella meseta –muy parecida, según me dicen, a la meseta castellana– han permanecido allí los descendientes de los españoles que la conquistaron y poblaron sin mezclarse apenas con el elemento indígena por una parte, y apartados de frecuente e íntima comunicación y comercio con los de otros países. Y es lo triste que les queda entre nuestras buenas cualidades también las malas, como lo prueba el ominoso absolutismo a que hoy viven sometidos y la falta de libertad de conciencia.

Y al hablar de la capital colombiana, la admira por lo que ella se asemeja a las antiguas ciudades castellanas relatadas en las diferentes crónicas y libros españoles, y cree don Miguel ver en Bogotá una prolongación de esa España tallada al modelo de las antiguas urbes peninsulares.

Cuantas personas conozco que han visitado Bogotá me la pintan como antiguo ciudadano castellano, reposado, casi monacal, erizado de cúpulas de

conventos, y en que al caer la tarde invade el ámbito la melancolía de las campanas. Emilio Bobadilla, en una poesía muy llena de sentido y de vida, ha dado esa impresión de Bogotá con verdadera fuerza poética.

Todo esto lo aduzco a fin de que se vea que en Pérez Triana hemos de hallar un escritor que nos ha de parecer nuestro.

En 1910 fue nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Colombia en la Gran Bretaña. Al abandonar la diplomacia Pérez Triana dedicó toda su actividad a procurar la fundación de la revista *Hispania*. Se rodeó entonces de compatriotas como José María Núñez Uricechea, Saturnino Restrepo, Tomás O. Eastman, Enrique Pérez Lleras etc., de amigos personales y admiradores españoles como Unamuno, Pérez de Ayala, Sánchez Rojas, y de conocidos hispanistas londinenses como Fitzmaurice-Kelly y Cunninghame Graham. Era muy aficionado a la música y excelente orador y hacía gala de buen conversador. El maestro Guillermo Valencia decía que «era un aventurero del ideal». Unamuno después de leer sus libros opinaba de *Reminiscencias Tudescas*:

El libro de Pérez Triana nos ofrece una de las lecturas más sanas, más agradables y más apacibles que pueden darse.

No hay en él nada de extravagante, ni de truculento, ni de enigmático, ni de abismático: todo es llano, sencillo, sentido y grato como la conversación de un hombre bueno, inteligente y culto que nos cuenta lo que ha visto y oído sin hacer ostentación de sí mismo ni procurar dejar turulato a nadie.

El libro será para quien lo lea lo que su autor es para todo el que lo trata: buen amigo, legal y franco.

Varios colombianos que conocieron a don Miguel de Unamuno lo recuerdan con cariño e ilustran estos encuentros con un buen número de anécdotas, como la siguiente:

Unamuno era monoliguista clásico... comunicativo e impermeable, sociable y áspero, hablaba, oía sin escuchar, insensible al diálogo, medio para él de exponer sus opiniones, pero sin absorber la vida del mundo exterior... Unamuno que habla y escucha pero no oye. Implacable contra el contrario, lleno de una hombría hirsuta, intransigente en medio de su liberalismo, se nos aparece como una revelación en esta terrible época de nuestros días en que las dos Españas, la Blanca y la Negra, que han hablado durante siglos sin entenderse, sin encontrar su fórmula de convivencia.

(Nik Bel, *Cromos*, febrero 20 de 1937)

Y doña María Antonia Cuervo de Yepes, que pasara una estadía en compañía de su esposo en la Universidad de Salamanca, dictando este último un

curso de derecho internacional, tiene agradables recuerdos del profesor salmantino a quien le hiciera un retrato pintado después de posar varias veces para su realización en 1934. Oigámosle:

¡Cuántas veces entre una y otra lección me paseé con él por los claustros de la universidad! ¡Cuántas veces en la sala de espera, sentados en amplios butacones, al pie de los retratos de los antiguos rectores de Salamanca, me mostró cartas, papeles y retratos de Rufino José Cuervo, de «aquel colombiano que sabía más castellano que el más sabio castellano nacido en el propio corazón de Castilla»! Su conversación que era casi un monólogo, era interesantísima; saltaba de un tema a otro con naturalidad y desenvoltura sorprendentes¹².

Doña María Antonia recuerda el empeño de Unamuno en buscar la etimología de las palabras y el correcto uso de las mismas. Recuerda sus opiniones a veces equivocadas para nosotros, como cuando «tronaba contra la enseñanza obligatoria». Recuerda que era partidario de la pena capital y que un artículo que escribió sobre este tema fue rechazado por la junta de censura de Madrid y devuelto a su autor: «La pena de muerte –decía Unamuno– debe existir; pero quien la decreta debe aplicarla y tener el valor de poner en práctica su idea y no la cobardía de ser instigador de un asesinato...». Dice también que Unamuno, «fue republicano y monarquista, demócrata y dictatorial, de derechas y de izquierdas, católico y librepensador. Siempre en los extremos como buen español, pasó la vida en la inquietud de sus ideas», este «Gran sembrador de inquietudes», que quiso ser el rector de Salamanca.

¹² *María Antonia Cuervo de Yepes: «Don Miguel de Unamuno o la paradoja. El Unamuno que yo conocí» en revista Cromos, Bogotá (marzo de 1937).*